

UN GABÁN CARO

Acaba de ser vendido en Londres en la subasta judicial de los bienes del acaudalado barón Steimar, uno de los miembros más distinguidos de la alta aristocracia inglesa y emparentado con la princesa Natalia, una prenda que, á pesar de su mal estado, alcanzó desde los primeros momentos elevado precio, y que hubo de llegar en la puja hasta la respetable suma de 60.000 francos, en cuya cantidad la adquirió un *amateur* de objetos curiosos, monsieur Roustaud, francés muy rico y uno de los que poseen la colección acaso más completa de objetos históricos, de cuantas existen en el mundo.

La referida prenda era de vestir, y consistía en una especie de gabán ó paletó con una corta esclavina, con grandes bolsillos exteriores é interiores y de un color gris.

El gabán, bastante usado, con algunos botones de menos y algunos rotos y manchas, á buen seguro que no hubiera sido adquirido por ninguno de nuestros traperos, y, sin embargo, su dueño lo conservaba dentro de una especie de urna de cristal, y, para él, que era sumamente aficionado á la música, constituía, según solía decir á sus amigos, «el más preciado recuerdo» de cuantos conservaba en su casa.

¿Cómo se explican éstas, al parecer, incoherencias? Muy sencillo; aquel gabán había pertenecido al insigne maestro Rossini, y hasta se asegura que el ilustre autor del *Guillermo Tell* lo llevaba puesto la famosa noche en que sus enemigos, haciendo correr la voz de que había plagiado á Ponchielli, hicieron en el estreno de su ópera, *El Barbero de Sevilla*, que ésta fuera tan estrepitosamente silbada que no pudo terminarse la representación.

Aquel mismo gabán, que tal vez guardó muchas veces en sus grandes bolsillos los preciados originales del genial maestro, se afirma que *presenció*, colocado en el respaldo del sillón desde donde Rossini dirigía la orquesta, aquella injusta é inconcebible rechiffa, donde llegó el público á arrojar gatos al escenario y á abrir los paraguas, y que él fué cogido por su dueño cuando éste, harto de aguantar aquel espectáculo, arrojó furioso la batuta y se marchó á su casa.

Puesto tenía aquel mismo gabán el insigne autor cuando sus amigos, terminada la función, le hicieron levantar de la cama para aplaudirle en la calle, en son de protesta por la infamia que con el maestro habían cometido, y arrojándose en él, pronunció Rossini aquella célebre frase dirigida á sus partidarios cuando le vitoreaban:

—¿Conque me han silbado y venís á darme el pésame? ¿Y para esto me habéis hecho levantar?

Sabido todo esto, que por auténtico y exacto se tiene, ya no extrañará nadie que el tal paletó, rozado y en deplorable estado, haya podido obtener el precio de unos doce mil duros.

Resulta un gabán de demasiado *peso*; pero bien vale ese dinero, y hace bien en darlo quien puede.

Quién sabe lo que pensará al saberlo el espíritu jovial del maestro. Acaso piense que M. Roustaud no le hubiera recibido á él en su palacio si hubiese llevado puesto aquel gabancillo...

Ptolomeo.

LAS ESQUINAS EN MADRID

(BOCETOS POPULARES)

LOS COCHES DE PUNTO

Nada tan curioso y tan animado como una parada de coches de punto. El cochero de punto es un tipo que se distingue por su traje incorrecto y por su lenguaje, mucho más incorrecto que su traje. Todos los cocheros del punto, cuando no duermen en el pescante, foman tertulia, y hablan de sus cosas; de los amos de los carruajes y de su tacañería, y de los medios que emplean los tales amos para evitar que los sisen, como si los cocheros fueran capaces de semejante exceso; de la historia antigua de cada uno

de cómo vinieron á Madrid, abandonando la tierra, y de cómo se metieron á cocheros; algunos han estado ya en casas grandes; sirviendo á marqueses *condeses* y *duqueses*, y sin han venido á parar en cocheros de punto no ha sido porque hicieran cosa mala, sino porque los señores eran personas de mal genio, ó de mucho lío ó de mala paga. Y así lo mismo califican de tranposo al conde de la Berengena, que de mujer que anda en malos pasos á la empinada marquesa de la Ensalada. Uno que sirvió á esta ilustre dama cuenta horrores de ella; que además de no tener una buena *conduta*, tenía un genio de los demonios, como que le despidió nada más que porque una tarde en la Castellana volcó la berlina, empujada por el tranvía.

El tranvía es muy mal visto por los cocheros de punto, que se creen superiores en categoría á los conductores de esos grandes vehículos, donde por 10 céntimos se admite á cualquiera, y donde no se conoce la propina, ni hay descanso en las vinticuatro horas del día, ni tertulia con los compañeros, ni palique con las sirvientas de la vecindad, ni visita frecuente á la taberna.

Cerca de cada parada de coches hay, por lo menos, una taberna que cuenta entre sus parroquianos á los cocheros, y algunos de éstos están abonados en el establecimiento para comer el triste pucherete... Este es un lujo que se permiten los cocheros que no tienen mujer, ó la tienen en la tierra, ó bajo la tierra; que los que están casados, ó amontonados, como dice uno del gremio, esos comen los que les lleva la amable compañera, y hacen del pescante comedor, y lo que les sobra lo guardan en la caja del mismo... Regularmente, el cochero es sobrio en cuanto á la comida, y si acaso se excede es en la bebida, como pueden atestiguar los pobres caballos que sienten en sus huesos los efectos de la embriaguez del cruel conductor.

No todas las criadas de la vecindad gustan de los cocheros; tienen muchas de ellas la preocupación de que hombres tan acostumbados á estar la mayor parte del día dando latigazos y palos, no son los mari-

dos más recomendables; solamente algunas, ya muy desengañadas por lo militar y lo civil, se arriesgan á *hablar* con los cocheros, porque si alguno viene con buen fin, ¡qué demonio!, mejor es casarse con un cochero que no casarse nunca.

No es tan mala proporción la de un cochero, aparte de la costumbre de dar palos; porque el cochero, además de lo que le da el amo, tiene sus propinas, y malo ha de ser que no gane algo también largando alguna que otra peseta falsa en el cambio que devuelve al que se ha servido del coche. A un cochero se le puede hablar de tú con notoria descortesía; se le puede reprender duramente, y no dirá nada; pero no le deis propina, y no os lo perdonará. Un día tomé yo un coche, y, al ir á pagar una hora al cochero, vi que no tenía moneda menuda para darle propina.

—Tome usted—le dije, entregándole las dos pesetas—; no tengo más sueldo.

—¡Lástima—exclamó—no se le rompa una patal...

Desde aquel día, cuando no puedo prescindir de tomar coche, procuro llevar los veinticinco céntimos de la propina, para evitar la maldición del cochero.

Aunque todos no son tan cerriles como aquél. Hay cocheros atentos, buenos padres de familia, y que no están reñidos con la humanidad.

El trabajo del cochero es bien penoso. En verano se abrasa vivo y en invierno se huela en el pescante. Y en todas las estaciones el mal humor del cochero lo paga el infeliz cuadrúpedo que tira del coche.

C. Frontaura.

"QUIÉN FUERA GATO"...

(CUENTO)

Era, como decía Lopez el temporero, uno de los personajes más influyentes del Ministerio.

¿De dónde procedía? ¿Cuál era su cargo? ¿Cuánto su sueldo? He aquí tres preguntas más difíciles de contestar de lo que á primera vista parece.

Respecto á su procedencia no faltaba quien

la creyese relacionada con cierta elevada señorona á la que debía el ministro, á pesar de habérselo pagado con la resolución favorable de algunos expedientes, sus primeros puestos en la política.

El cargo de aquel regalado individuo podía ser el de tomar parte en la limpieza de la casa; pero la mayoría de los empleados, si hubiera podido ser franca, hubiese afirmado que más manchaba que limpiaba.

Vivía en el Ministerio y por consiguiente antes que ningún funcionario llegase á la oficina ya estaba él relamiéndose los bigotes, con sus ojos escrutadores mirando si las estufas se encendían bien y dando vueltas alrededor de las mesas.

A eso de las once y media comenzaban á servirse los cafés. Los empleados que podían hacerlo por razón de su sueldo y de su estómago tomaban para ellos solos un café, estos, tres vasos de á medio cuartillo de aquel misterioso brebaje achocolatado y de aquel líquido gris perla que el establecimiento de la esquina les proporcionaba. Otros, contentos con un vasito, regalaban los restos de aquel néctar á compañeros tan probos como ellos aunque más *probes* y algunos constituían sociedades en comandita para el consumo por acciones de á diez céntimos del contenido de dos cafeteras.

Todo esto era mirado con una glacial indiferencia por nuestro personaje. No así las medias tostadas de algunos positivistas, tras de las cuales se le iban los ojos, y no por hambre, que ya sabía él que á eso de la una de la tarde le llevarían su bisteck con cargo al capítulo de gastos del material, sino por su gula y su envidia, que ambas buenas condiciones tenía para haber sido político.

Después de haberse tragado el trozo de solomillo, lamido el plato y limpiándose el hocico, se dirigía á la mesa de D. Apolonio, que era la más inmediata á un *chowerscki*, modelo prehistórico, y allí, sin respeto á los papeles ni á los documentos que había sobre el pupitre, coetáneo del *chowerscki*, acostábase tomando aquéllos por almohada, para así pasar los horrores de la digestión.

Allá á las cuatro, pues harto sabía él que antes no recibía S. E., á las personas de importancia, ni á los senadores ni diputados, nuestro personaje acudía al despacho del ministro, hacía á éste la rueda y la *carretilla*, medio seguro de seguir él gozando las delicias del poder, y después de tales adulaciones, volvía á recorrer la dependencia, recibiendo caricias de porteros, empleados y algún pisotón de cualquier desconocedor de su valimiento.

Un día, martes debía de ser, el influyente individuo trató de subirse al pupitre que había escogido como lecho de invierno, pero don Apolonio le rechazó con malos modos mientras con ostensible mal humor volvía y revolvió un montón de papelotes que tenía sobre la mesa. El funcionario tenía motivo para hallarse enfadado: acababa de recibir la noticia de que su sueldo quedaba retenido, que aumentaban el descuento, que aquel mes se descontaría la cédula personal y por si algo le faltaba, su jefe le había armado un escándalo porque no había despachado un pliego de reparos.

Nuestro individuo insistió en subir á la mesa; pero D. Apolonio rechazó los asaltos y el uno de ellos osó poner su mano en la espalda del asaltante. Nunca lo hubiera hecho; porque éste, con todas las energías de la raza felina, volvió á saltar, y clavando sus uñas en los papelotes rompió el famoso pliego que acabó de estropear el empleado derribando sobre él el tintero al tratar de defenderlo del ataque violento de aquella fiera.

D. Apolonio no pudo despachar aquella tarde el encargo del subsecretario y al siguiente mes fué declarado cesante.

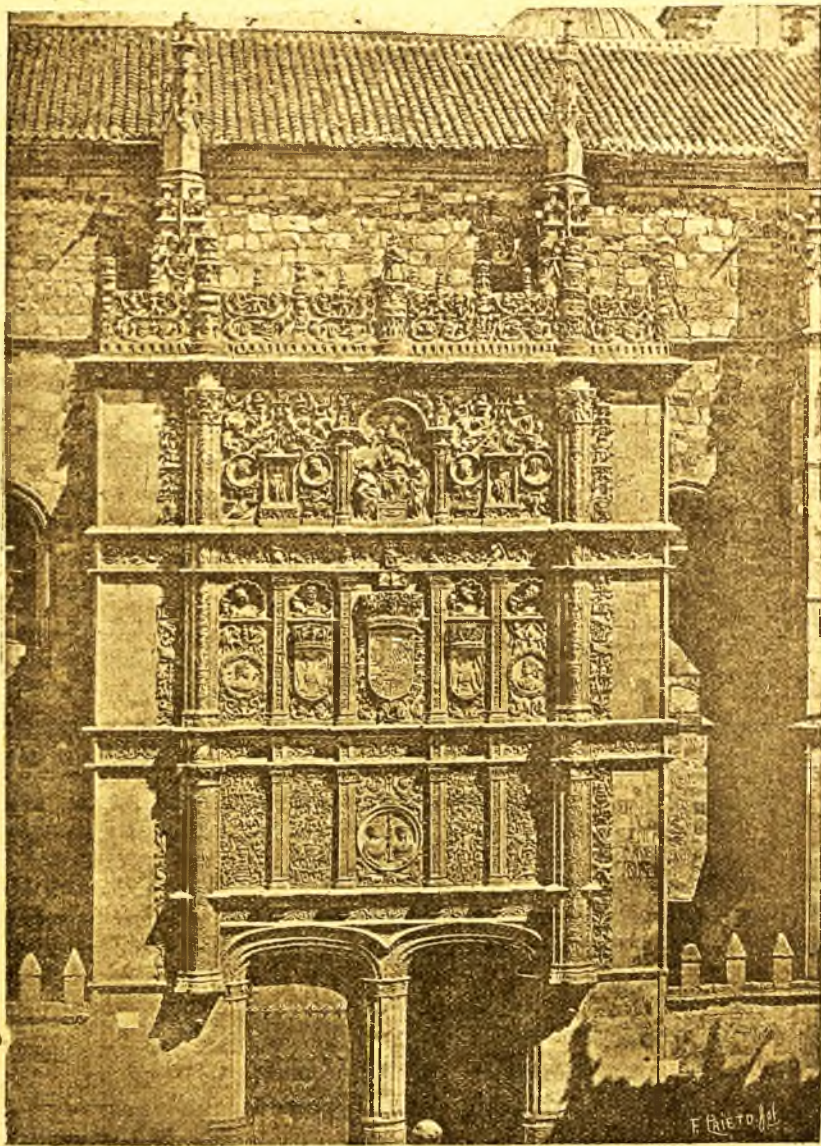
Al presente no hay quien le quite de la cabeza que la culpa de su cesantía fué aquel suceso y anda por ahí buscando una recomendación fuerte para que le repongan y preguntando á todos si conocen quién le pueda recomendar á Micifuz.

Si; porque el ilustre Micifuz es, según él, el único que goza de la absoluta confianza del ministro. ¡Ah, si él lo hubiera sabido antes!

Y Micifuz es un gato negro y mal educado por quien hoy se ve perdido D. Apolonio.

Que le vayan á éste á hablar de la buena sombra de un gato negro.

Candela



Puerta de la Universidad.